

LAS CONFUSIONES DEL CADETE TÖRLESS

Tan pronto como pronunciamos una cosa, la devaluamos extrañamente. Creemos habernos sumido en la profundidad del abismo y, cuando volvemos a la superficie, la gota de agua de la punta de los dedos no se parece a la del mar de la que procede. Creemos haber descubierto una mina de tesoros insondables y, cuando volvemos a la superficie, no tenemos sino falsas piedras y añicos de cristal, a pesar de que el tesoro sigue brillando sin cesar.

MAETERLINCK¹

¹ Escritor belga, premio nobel de literatura de 1911.

UNA pequeña estación en el trazado ferroviario que conduce a Rusia.

Cuatro raíles paralelos corrían interminablemente rectos en ambos sentidos entre la grava amarilla del amplio terraplén de la vía; en el suelo, al lado de cada uno de ellos, como una sombra sucia, la oscura línea que habían trazado los vapores de escape.

Detrás del edificio de la estación, bajo y de paredes embreadas, una ancha carretera llena de baches conducía a la rampa de acceso a la estación. Sus límites se perdían en la tierra apisonada de los bordes y solo eran reconocibles por dos hileras de acacias que se erguían tristemente a ambos lados, con sus sedientas hojas ahogadas por el polvo y el hollín.

Bien lo causaran los colores tristes, bien la pálida y tenue luz del sol de la tarde, desgastada por la calima, los objetos y las personas habían adquirido un toque de indiferencia, de inercia mecánica, como si se hubieran sacado de la escena de un teatrillo de marionetas. De vez en cuando, a intervalos iguales, el jefe de estación salía de su oficina y, con el mismo giro de cabeza, miraba hacia el largo camino en busca de las señales provenientes de las casetas de los guardagujas, que aún no señalaban la llegada del tren expreso, que en la frontera debía de haber sufrido un gran retraso; luego, con idéntico movimiento de brazo, sacaba su reloj de bolsillo, meneaba la cabeza y volvía a desaparecer como si se tratara de una de esas figuras que, al dar las horas enteras, entran y salen en los viejos carillones de las torres.

Por el amplio y firme andén, situado entre las vías del tren y el edificio de la estación, se paseaba un alegre grupo de jóvenes que flanqueaban a una pareja de más edad que formaba el centro de la conversación un tanto ruidosa. Pero ni siquiera la jovialidad de este grupo era auténtica; el sonido de las alegres risas parecía extinguirse a los pocos pasos, como si se hundiera en un suelo que cediera a una presión tenaz e invisible.

La consejera² señora Törless, una dama que tal vez frisara los cuarenta, ocultaba sus ojos tristes, un poco enrojecidos por el llanto, detrás de un espeso velo. Era hora de despedirse. Y era difícil para ella tener que dejar a su único y querido hijo entre extraños durante tanto tiempo sin que ella pudiera protegerlo.

En efecto la pequeña ciudad quedaba lejos de la capital del Estado, al este del Imperio, en las secas tierras de cultivo escasamente pobladas.

La razón por la que la señora Törless tenía que soportar que su hijo se encontrara en un lugar tan lejano e inhóspito era que en aquella ciudad había un famoso internado³, que, construido sobre los terrenos de una fundación piadosa en el siglo anterior, supuestamente servía para proteger a aquellos jóvenes adolescentes de las influencias destructivas de la gran ciudad.

² En la comunicación social alemana, a la esposa de un cargo masculino se la denominaba con el título que llevaba su marido: *Frau Doktorin* era la esposa de un doctor que sin embargo no había conseguido el título. En este caso, la señora consejera Törless es esposa de un consejero Törless, sin serlo ella misma.

³ El diccionario alemán define *Konvikt* como expresión austriaca para *katholisches Internat*. Musil transforma de esta manera el referente real de su relato, la academia militar de Mährisch-Weiskirchen (el «culo del diablo» lo llamaría Musil retrospectivamente), en una institución privada de cuño eclesiástico. Quizás para ocultar la crítica que la novela suponía para la institución militar a la que, como *Einjähriger Freiwilliger*, Musil estaba obligado, cambia el origen y carácter del instituto convirtiéndolo en una especie de *Konvikt*. De todas maneras, ese dato no logra ocultar el carácter paramilitar de la institución en la que se desarrollan los hechos.

En efecto, en aquella institución se educaban los hijos de las mejores familias del país para, al acabar el instituto, iniciar una carrera universitaria, entrar en el Ejército o en la Administración del Estado, y en todos estos casos, al igual que para el trato en los círculos de la buena sociedad, se consideraba una recomendación especial el haberse educado en el internado de W⁴.

Hacia cuatro años que estas consideraciones habían persuadido al matrimonio Törless a ceder a la ambiciosa insistencia de su hijo y procurarle el ingreso en la institución.

Más tarde, esta decisión le costaría muchas lágrimas. Pues casi desde el momento en que las puertas del instituto se habían cerrado irrevocablemente detrás de él, el pequeño Törless empezó a sentir una terrible y apasionada nostalgia. Ni las clases, ni los juegos en los grandes y frondosos prados del parque, ni las demás distracciones que el internado ofrecía a sus alumnos pudieron cautivarlo. Apenas participaba en ellos. Veía todo como a través de un velo, e incluso durante el día a menudo le resultaba difícil ahogar un pertinaz sollozo; aunque por la noche casi siempre solía dormirse entre gemidos.

Casi todos los días escribía cartas a su casa, y solo vivía para esas cartas; todo lo que hacía le parecían sucesos sombríos y sin sentido, etapas indiferentes, como las manecillas horarias en la esfera de un reloj. Pero, cuando se ponía a escribir, se sentía algo distinto y exclusivo, como si de repente estuviera en una soleada isla llena de colores maravillosos; algo en él surgía del mar de grises sensaciones que día tras día lo envolvía con frialdad e indiferencia. Y cuando durante el día, mientras jugaba o durante las clases, pen-

⁴ El internado que Musil oculta bajo la letra W es en realidad la *Kadettenanstalt* (academia de cadetes) de Mährisch-Weisskirchen, hoy en día Hranice, en Moravia. Los terrenos de la institución sirvieron durante la Primera Guerra Mundial de lazareto (hospital de campaña), con una capacidad de cuatro mil camas.

saba que por la noche iba a escribir su carta, era como si llevara una llave de oro colgada de una cadena invisible, con la que podría abrir, cuando nadie lo viera, la puerta de maravillosos jardines⁵.

Lo que resultaba extraño era que este repentino y devorador afecto por sus padres tenía algo nuevo y extraño para él. No lo había sospechado de antemano, pues había ido gustoso y voluntariamente al internado⁶. Incluso se había reído cuando su madre no pudo contener las lágrimas la primera vez que se despidieron, si bien al poco tiempo, después de haber pasado solo unos días y sentirse relativamente bien, ese afecto irrumpió de manera repentina y elemental.

Pensó que era nostalgia, añoranza de sus padres. En realidad, sin embargo, era algo mucho más vago y complejo. Porque el «objeto de esta añoranza», la imagen de sus padres, en realidad ya no estaba contenida en ella. Me refiero a un cierto recuerdo plástico, no solo mental sino también corporal, de un ser querido que habla a todos los sentidos y que en todos los sentidos se mantiene, de modo que uno no puede hacer nada sin sentir al lado, silenciosa e invisiblemente, al otro. Pero esto pronto se desvaneció como una resonancia que solo hubiera vibrado un momento. En ese momento, por ejemplo, Törless ya no podía evocar la imagen de sus «queridísimos padres», como solía llamarlos para sus adentros. Si lo intentaba, un dolor sin límites surgía en su lugar, cuya desazón lo castigaba y, sin embargo, persistía obstinadamente, ya que sus llamas ardientes le es-

⁵ Este entusiasmo por la escritura que Törless manifiesta, aunque limitada a la redacción de cartas familiares, habla de nuevo a favor del sustrato autobiográfico que tiene la personalidad del protagonista.

⁶ La actitud del joven protagonista coincide con la que en su momento tuvo en realidad el autor: Musil había escogido gustoso la opción de «internarse» para huir del conflicto de convivencia que arrastraba en la casa familiar.

cocían y lo deleitaban al mismo tiempo. El pensar en sus padres se convirtió cada vez más en una mera causa ocasional para generar en sí mismo aquel sufrimiento egoísta, que lo encerraba en un orgullo voluptuoso, como en la reclusión de una capilla, en la que de cien velas llameantes y de cientos de ojos de sagradas imágenes se esparciera incienso entre los dolores de los que se autoflagelan.

A medida que su «nostalgia» se iba haciendo menos violenta y desaparecía gradualmente, fue manifestándose de forma más nítida su naturaleza. Cuando finalmente desapareció, esto no supuso una satisfacción final, sino que dejó un vacío en el alma del joven Törless. Y en aquella nada, en aquella autoinsatisfacción, reconoció que no había sido solo un anhelo lo que había perdido, sino algo positivo, una fuerza espiritual, algo que había florecido en él bajo el pretexto del dolor.

Pero eso ya había terminado, y aquella fuente de una primera felicidad superior solo se había dejado sentir una vez que se había agostado.

En ese momento, las huellas apasionadas del alma que acababa de despertar desaparecieron de sus cartas y su lugar fue reemplazado por descripciones detalladas de la vida en el instituto y de los nuevos amigos que había hecho.

Él mismo se sentía pobre y desnudo, como un arbolillo que experimenta su primer invierno después de una floración todavía sin frutos.

Pero sus padres estaban satisfechos. Lo amaban con una ternura intensa, irreflexiva, animal. Cada vez que por vacaciones él salía del internado, al finalizarlas, la consejera volvía a encontrar su casa vacía y desierta, y durante unos días después de cada una de esas visitas vagaba por las habitaciones de la casa con lágrimas en los ojos, tocando y acariciando aquí y allá los objetos sobre los que había descansado el ojo del niño o que sus dedos habían sostenido. Y los dos se habrían dejado desgarrar por él.

Si la incómoda emoción y la tristeza apasionada y testaruda de sus cartas los habían preocupado hasta el dolor y

los habían puesto en un estado de intensa sensibilidad, ahora el descuido alegre y contento que había seguido los había alegrado de nuevo, y lo apoyaron lo mejor que sabían en el convencimiento de que con ello él había superado una crisis.

Pero ni en lo uno ni en lo otro reconocieron el síntoma de un específico desarrollo anímico. Por el contrario, habían aceptado tanto el dolor como la sucesiva tranquilidad como una consecuencia natural de las circunstancias dadas. No se dieron cuenta de que había sido el primer intento, fallido, del joven de convertirse en una persona independiente y de desplegar su fuerza interior.

Törless en esos momentos se sentía muy insatisfecho, como si estuviera tanteando, y en vano buscaba aquí y allá algo nuevo que pudiera servirle de apoyo.

Un episodio de esta época resultó característico de lo que entonces se estaba preparando para su desarrollo posterior en Törless.

Un día entró en la institución⁷ el joven príncipe H., perteneciente a una de las más influyentes y antiguas familias aristocráticas y conservadoras del Imperio.

Todos los demás encontraron sus dulces ojos inexpresivos y afectados; la forma en que sacaba una cadera mientras estaba de pie y jugaba lentamente con los dedos mientras hablaba la ridiculizaron como afeminada. Pero se burlaron particularmente del hecho de que no hubieran sido sus padres los que le hubieran llevado al internado, sino que lo hubiera hecho su anterior preceptor, un religioso doctor en Teología.

⁷ La academia de Mährisch-Weisskirchen había acogido efectivamente a varios miembros de la casa de Austria: también en este aspecto Musil recoge un dato histórico. Werner Bellmann (*Die Verwirrungen des Zöglings Törles*, Stuttgart, Reclam, 2020, pág. 243) propone que Musil se está refiriendo al archiduque Heinrich Ferdinand von Habsburgo-Lorena.

Sin embargo, en Törless había causado una fuerte impresión desde el primer momento. Quizá el hecho de que fuera un príncipe cercano a la corte tuviera algo que ver en ello, pero en todo caso también era una persona de clase distinta a la de aquellas que él conocía.

El silencio de un antiguo castillo rural y las prácticas piadosas de alguna manera seguían aferradas a él. Cuando caminaba, lo hacía con movimientos suaves, ágiles, con esa contracción un tanto tímida, inherente a la costumbre de andar erguido a través de una hilera de pasillos vacíos en los que cualquier otro parecería tropezar con un sinfín de rincones invisibles en el espacio vacío.

El trato con el príncipe se convirtió así en una fuente de sutil placer psicológico para Törless. Inició con él el tipo de conocimiento de la naturaleza humana que te enseña a reconocer y disfrutar al otro por la forma en que baja la voz, por la forma en que toma algo en la mano, incluso por el timbre de su silencio y la expresión de la postura física con la que encaja en un espacio, en breves palabras, por la forma sutil, apenas tangible y sin embargo real y plena de ser algo anímicamente humano, que se concentra en torno al núcleo, a la esencia tangible y descriptible como alrededor de un esqueleto desnudo, de tal manera que en todo ello se capta anticipadamente la personalidad espiritual.

Durante ese breve tiempo, Törless vivió una especie de idilio. No se opuso a la religiosidad de su nuevo amigo, que en realidad era algo completamente ajeno a él, que provenía de una familia de clase media y librepensadora. Por el contrario, la aceptó sin vacilar; de hecho, a sus ojos, constituía una ventaja particular del príncipe, ya que en cierto sentido potenciaba el carácter de este hombre, que él sentía completamente diferente al suyo, pero también bastante incomparable.

En compañía de este príncipe, él se sentía como si estuviera en una capilla apartada del camino, de modo que el pensamiento de que realmente no pertenecía allí se desvaneció por

completo ante el placer que le suponía el poder observar durante tanto tiempo, como si estuviera contemplando la luz del día a través de la ventana de la iglesia los inútiles adornos dorados que se amontonaban en el alma de aquel joven; hasta logró hacerse una vaga imagen de la misma, como si, sin poder pensar en ello, estuviera trazando con su dedo un hermoso arabesco cuyas ondulaciones siguieran extrañas leyes.

Pero de repente se produjo la ruptura entre los dos.

Por algo estúpido, como el mismo Törless tuvo que reconocer más tarde.

Inopinadamente se habían metido en discusiones sobre temas religiosos. Y en ese momento todo había terminado. Porque, como si estuviera fuera de su control, Törless, su intelecto, atacó de manera irresistible al tierno príncipe. Lo bañó con el sarcasmo propio de las mentes racionalistas, destruyó bárbaramente el edificio de filigrana que albergaba su alma, y ambos se separaron con mucho enfado.

No volvieron a hablarse desde entonces. Probablemente, Törless era vagamente consciente de que había hecho algo sin sentido, y una percepción vaga y emocional le decía que la regla de la razón había hecho añicos algo bueno y placentero en el momento equivocado. Pero aquello era algo que estaba completamente fuera de su control. Una especie de añoranza de lo anterior debió de permanecer en él para siempre, pero ya parecía haber quedado atrapado en otra corriente que lo alejaba cada vez más de todo aquello.

Después de un tiempo, el príncipe, que no se sentía a gusto en aquel ambiente, abandonó el internado.

A partir de entonces reinaron en torno a él un completo vacío y el aburrimiento. Pero mientras tanto él iba madurando, y la incipiente pubertad comenzaba a surgir en él de manera oscura y gradual. En esta fase de su desarrollo hizo las correspondientes nuevas amistades, que más tarde serían de enorme importancia para él. Tales fueron, por ejemplo, las que trabó con Beineberg y Reiting, con Moté

y Hofmeier, precisamente los jóvenes con los que hoy había acompañado a sus padres al tren.

Curiosamente, estos eran los peores alumnos de su promoción, aunque talentosos y, por supuesto, de buena familia, pero a menudo rebeldes e indisciplinados hasta la brutalidad. Y lo que le ataba a sus nuevos amigos era precisamente su propia inseguridad, que se había acentuado desde que se había apartado del príncipe. Era una prolongación directa de una voluntad de distanciamiento, pues significaba un recelo frente a los sutiles sentimentalismos que el carácter de sus otros camaradas rechazaba de manera sana, enérgica y pragmática.

Törless se entregó totalmente a su influencia, pues su situación era más o menos la siguiente: a su edad en el instituto se lee a Goethe, Schiller, Shakespeare, quizás incluso a los modernos⁸. Todo ello se rescribe a medio digerir, y sale de nuevo por la punta de los dedos. Surgen tragedias romanas y la más intimista lírica que avanza en forma tanto de puntuaciones que llenan páginas enteras como en la forma delicada de un trabajo de bolillos: son cosas ridículas en sí mismas, pero de un valor inestimable para la seguridad del desarrollo. Pues esas asociaciones externas y esos sentimientos prestados arrastran a los jóvenes por el suelo emocional peligrosamente blando de esos años, en los que uno tiene que significarse algo a sí mismo y, sin embargo, todavía se es demasiado inmaduro para que aquellas puedan significar algo. No importa si más tarde a uno le ha quedado algo de todo y a otro nada. Cada uno se reconcilia consigo mismo y el peligro solo existe en la edad de transición. Si se pudiera hacer ver a semejante joven la ridiculez de su per-

⁸ Con el término *die Moderne*, la modernidad, Hermann Bahr, crítico vienés y mentor del grupo *Jung-Wien*, se refirió a los autores que en Viena, huyendo del naturalismo imperante, se congregaron en torno a Stephan George en un «círculo» que, teniendo su sede en el Café Griens-teidl, estaba formado por Schnitzler, Hofmannstahl, Altenberg y otros.

sona, el suelo se hundiría bajo sus pies o se caería como un sonámbulo que de repente se despierta y no ve más que el vacío.

En aquella institución faltaba esa ilusión, una disposición que favoreciera el desarrollo. Pues, en efecto, en su biblioteca estaban los clásicos, pero estos se consideraban aburridos, y, fuera de ellos, solo había volúmenes de sentimentales cuentos cortos y escenas de humor militar sin sentido.

El pequeño Törless debió de leerlos todos con auténtica voracidad lectora; alguna idea banalmente tierna de una u otra novela a veces lograba surtir un efecto más duradero, aunque no llegaba a tener ninguna auténtica influencia en su carácter.

Por aquel entonces, parecía como si careciera absolutamente de carácter.

Así, por ejemplo, bajo la influencia de esas lecturas, ocasionalmente se ponía a escribir pequeños relatos, o se ponía a componer una epopeya romántica. En la emoción que le producían las penas amorosas de sus héroes, sus mejillas se sonrojaban, su pulso se aceleraba y sus ojos fulguraban.

Pero, tan pronto como dejaba la pluma, todo se acababa; hasta cierto punto su espíritu vivía solo en la actividad. En este sentido, también era capaz de escribir un poema o una historia cuando se le pedía. A él le servía de motivación, pero nunca se lo tomaba en serio y el trabajo no le parecía importante. Nada de ello pasaba por su persona, ni nada de su persona pasaba por el trabajo. Solo bajo el influjo de cualquier presión externa tenía sentimientos que iban más allá de la indiferencia, como si de un actor se tratara que necesitase del impulso de un papel⁹.

⁹ Esta referencia a la actividad literaria como elemento de formación alude de nuevo al carácter autobiográfico del Törless. Musil fue, como se ha dicho arriba, una vocación literaria hipostasiada en la mente de un ingeniero.

Las suyas eran reacciones cerebrales. Pero lo que normalmente se interpreta como carácter, alma, línea o timbre de una persona, o, al menos, aquello frente a lo cual los pensamientos, decisiones y acciones parecen poco significativos, accidentales e intercambiables; todo aquello que, por ejemplo, Törless había atribuido al príncipe más allá de todo juicio comprensible, en ese momento, ese último fondo inamovible había desaparecido totalmente en él.

En sus camaradas era el gusto por el deporte, el componente animal lo que hacía que no necesitaran de ello, al igual que sucede en el instituto de secundaria, donde ese placer lo proporciona el juego con la literatura.

Pero Törless estaba demasiado inclinado mentalmente para lo primero, y para lo segundo mostraba esa aguda sensibilidad ante lo ridículo de tales sentimientos prestados que caracteriza la vida en el instituto a través de su constante disposición a las discusiones y las peleas. De este modo su carácter fue adquiriendo un rasgo de indefinición, una especie de indecisión interior que le impedía encontrarse a sí mismo.

Se unió a sus nuevos amigos porque le imponían por su indisciplina. Como era ambicioso, de vez en cuando intentaba incluso aventajarlos. Pero siempre se detenía a mitad de camino y tenía que sufrir no pocas burlas por ello. Esto lo intimidaba de nuevo. Durante ese período crítico, toda su vida solo consistía realmente en el esfuerzo constante por emular a sus amigos más rudos y varoniles, y en una profunda indiferencia interna frente a este esfuerzo.

En esa época, cuando sus padres lo visitaban y se quedaba a solas con ellos, él se mostraba callado y tímido. Siempre encontraba un pretexto para evitar las expresiones de ternura de su madre. En realidad le habría gustado mucho rendirse a ellas, pero se sentía avergonzado, como si los ojos de sus camaradas estuvieran fijos en él.

Sus padres lo interpretaron como la torpeza de los años de adolescencia.

Por la tarde se reunía todo el grupo. Jugaban a las cartas, comían, bebían, contaban anécdotas de los profesores y fumaban los cigarrillos que el señor consejero áulico había traído de la capital.

Esta alegría complacía y calmaba al matrimonio.

No se imaginaban que a veces el pequeño Törless tenía otras horas. Y últimamente cada vez más. Tenía momentos en los que la vida en el instituto le resultaba por completo indiferente. El aglutinante de sus preocupaciones diarias se disolvía y las horas de su existencia se iban desmoronando sin conexión interior.

A menudo se sentaba durante mucho tiempo, sumido en sombría contemplación, como volcado sobre sí mismo.

En esta ocasión también habían estado dos días de visita. Habían comido y fumado, y habían dado un paseo. A continuación, el tren expreso llevaría a la pareja de regreso a la capital.

Un suave rodar sobre los rieles anunciaba su proximidad y el repique de la campana en el techo del edificio de la estación resonó implacable en los oídos de la señora consejera.

—Bueno, ¿verdad, querido Beineberg, que vigilará a mi hijo? —Era el consejero Törless quien se dirigía al joven barón Beineberg, un tipo alto y huesudo de orejas prominentes pero de ojos expresivos e inteligentes.

El pequeño Törless hizo una mueca de disgusto ante este paternalismo, y Beineberg sonrió halagado y un poco malicioso.

—En general —en ese momento el consejero áulico se volvió hacia los demás—, me gustaría pedirles a todos que, si a mi hijo le pasara algo, me lo hicieran saber de inmediato.

Esto provocó una expresión de fastidio infinito en el joven Törless:

—Pero, papá, ¿qué me va a pasar?

Aunque ya estaba acostumbrado a tener que soportar esta preocupación excesiva cada vez que se despedía.

Al oírlo, los demás hicieron chocar los talones de sus zapatos mientras desplazaban sus espadines hacia un lado. El consejero:

—Nunca se sabe lo que puede pasar, y la idea de ser informado de todo de inmediato me da mucha tranquilidad: después de todo, también podría tener dificultades para escribir.

En ese momento el tren se detuvo. El consejero Törless abrazó a su hijo, la señora Törless apretó más el velo contra su rostro para ocultar sus lágrimas, los amigos se turnaron para darles las gracias, y finalmente el revisor cerró la puerta del compartimento.

Una vez más, la pareja vio la parte trasera, alta y desnuda, del edificio del instituto, el largo y macizo muro que rodeaba el parque, y después, a derecha e izquierda, solo había campos de color marrón grisáceo y algunos árboles frutales.

Mientras tanto, los jóvenes habían salido de la estación y caminaban en fila india uno detrás de otro por las márgenes de la carretera —para así al menos evitar el polvo más espeso y duro— hacia la ciudad sin hablar mucho entre ellos.

Pasaban ya de las cinco y los campos se estaban poniendo pesados y fríos, como en un presagio de la noche.

Törless estaba muy triste.

Tal vez fuera a causa de la partida de sus padres, o quizás fuera solo la melancolía imponente y aburrida que ahora caía pesada sobre toda la naturaleza circundante. Tras solo unos pocos pasos, las formas de los objetos se desdibujaron con colores pesados y apagados.

La misma espantosa indiferencia que había flotado por doquier durante toda la tarde ahora se extendía por la llanura, y detrás de ella, como un rastro viscoso, estaba la niebla que se aferraba a los sembrados y a los campos de remolacha de color gris plomo.

Törless no miraba ni a izquierda ni a derecha, pero percibía todo aquello. Paso a paso iba pisando las huellas que

acababan de abrirse en el polvo por la pisada del que marchaba delante. De esta manera era como sentía todo aquello: como si tuviera que ser así, como una pétrea ley inevitable que rodeaba toda su vida y determinaba aquel movimiento, paso a paso, en una única línea, en una única franja estrecha que corría a través del polvo.

Se detuvieron en un cruce, donde un segundo camino se unía al de ellos en un espacio circular muy pisado y donde una señal desgastada y torcida destacaba en el aire; esa línea, en desacuerdo con su entorno, le pareció a Törless un grito desesperado.

De nuevo continuaron el camino. Törless pensó en sus padres, en sus conocidos, en la vida. A esas horas, la gente se vestiría de fiesta o decidiría ir al teatro. Y después iría al restaurante, estaría escuchando el concierto de una banda, haría una visita al café... o entablaría relaciones interesantes. Una aventura galante se mantendría quizás hasta la mañana. La vida, como si fuera una noria mágica, siempre sacaría algo nuevo e inesperado de su interior...

Törless suspiró sumido en estos pensamientos y, con cada paso que lo acercaba a los confines del instituto, algo se iba tensando dentro de él.

La señal de la campana ya estaba sonando en sus oídos. No había nada que temiera más que esas campanadas que, como si fuera el corte brutal de un cuchillo, marcaban de manera irrevocable el final del día.

No experimentaba nada y su vida languidecía en una indiferencia constante, pero el tañido de la campana añadía burla y lo hacía temblar de cólera impotente contra sí mismo, contra su destino, contra el día que se enterraba.

Ahora ya no puedes experimentar nada, no puedes experimentar nada durante doce horas; estás muerto durante doce horas: tal era el significado de aquella señal.

Cuando el grupo de jóvenes llegó a las primeras casuchas semejantes a chozas, las aburridas cavilaciones de Törless

fueron desapareciendo. Como sorprendido por un repentino interés, levantó la cabeza y miró atentamente el brumoso interior de los pequeños y sucios edificios por delante de los que pasaban.

Junto a las puertas de la mayoría de ellos, se apoyaban, en bata y vestidas con toscas camisas, mujeres de pies anchos y mugrientos y de desnudos brazos morenos.

A las jóvenes y rollizas se les lanzaban abundantes expresiones groseras en lengua eslava. Ellas se daban codazos y se reían de los «jóvenes caballeros»; a veces, alguna de ellas gritaba cuando, al pasar por delante, alguien le rozaba los pechos con demasiada rudeza, o respondía a una palmada en los muslos con una palabrota jocosa. Algunas se limitaban simplemente a mirar a los que pasaban con airada seriedad; y si el campesino llegaba en ese momento, este sonreía medio inseguro, medio bondadoso.

Törless no tomaba parte en ese alarde de la precoz y divertida hombría de sus amigos.

La razón de esto residía en parte en una cierta timidez en asuntos sexuales, característica de casi todos los hijos únicos, pero sobre todo en la disposición de su sensualidad, que era más oculta, poderosa y oscura que la de sus amigos y más difícil de expresar.

Mientras los otros actuaban descaradamente con las mujeres, más para mostrarse «desenvueltos» que por deseo, el alma del pequeño y taciturno Törless quedaba turbada y atormentada por aquella auténtica desvergüenza.

Miraba al interior de las casas por los ventanucos y desenchajadas y estrechas puertas con ojos tan ardientes que era como si una fina red bailase constantemente delante de sus ojos.

Niños casi desnudos se revolcaban en el fango de los patios, aquí y allá la falda de una mujer que trabajaba dejaba ver las corvas o un pesado pecho caía sobre los pliegues de la tela. Y como si todo esto estuviera ocurriendo en una atmósfera completamente diferente, ani-

mal y opresiva, un aire espeso y pesado, que Törles aspiraba con avidez, fluía de los pasillos de las casas.

Su pensamiento recayó en antiguas pinturas que había visto en museos sin entenderlas realmente. Estaba esperando algo, como antaño ante aquellas imágenes siempre había esperado algo que nunca sucedía. ¿Qué? Algo sorprendente, algo nunca antes visto; un espectáculo escandaloso del que no podía formarse la menor idea; algo de horrible y bestial sensualidad, que lo agarraba con sus garras y lo desgarraba a partir de los ojos; experiencia que debe relacionarse de alguna manera, aún muy poco clara, con las batas sucias de las mujeres, con sus manos ásperas, con lo bajo de sus cuartos, con... con la suciedad de los excrementos de los patios... No, no, ahora solo sentía una red de fuego delante de sus ojos; las palabras no lo decían; no es tan malo como expresan las palabras; es algo completamente mudo..., un nudo en la garganta, un pensamiento apenas perceptible y que saldría a la luz, si uno realmente quisiera expresarlo verbalmente; aunque luego solo resultaría remotamente semejante, como si de una gran ampliación se tratase en la que no solo se ve todo más claro, sino también cosas que no están allí. Aun así, era vergonzoso.

—¿Tiene morriña el niño? —le preguntó repentina y burlonamente el larguirucho Reiting, dos años mayor que él, que había notado lo taciturno de su expresión y los ojos oscurecidos de Törless. Törless sonrió avergonzado y sintió como si el malicioso Reiting hubiera escuchado lo que estaba pasando dentro de él.

Él no respondió. Mientras tanto habían llegado a la plaza de la iglesia del pueblo, que tenía forma cuadrada y estaba pavimentada con adoquines redondeados. En ese momento se separaron.

Törless y Beineberg aún no querían volver al instituto, mientras que los demás no tenían permiso para permanecer fuera por mucho más tiempo y regresaron al instituto.